



ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA del CIELO

Año VIII

Nº 18

24 FEB-2019

LA VIRGEN MARÍA (6)

LA CIENCIA Y LA FE SE ENCONTRARON A LOS PIES DE LA VIRGEN

Alexis Carrel, médico y premio Nobel más tarde, en los años de estudios universitarios abandonó las convicciones religiosas que había recibido en familia y abrazó la filosofía materialista, ya que se había convencido poco a poco que más allá del método positivo⁽¹⁾, no hay certeza alguna, pero quería comprobarlo por sí mismo y, en 1902, decidió participar como médico en una peregrinación a Lourdes, una oportunidad que le fue ofrecida un colega médico que por un contratiempo tuvo que abandonar en el último minuto.

En su vagón del tren había una mujer, Marie Ferrand (*así la llama él en el libro que escribió, pero en realidad su nombre real era Marie Bailly*), cuyo estado era de extrema gravedad. Se trataba de una peritonitis tuberculosa. En el tren el doctor Carrel le puso una inyección de morfina y ella le contó que era tuberculosa desde la edad de los 15 años. Sabiendo que ya no había nada que hacer, decidió ir a Lourdes, convencida de que la Virgen le concedería, si no la salud, al menos la fuerza para morir en paz.

Al llegar a Lourdes, Carrel se encontró con un viejo compañero de colegio, católico practicante, y éste le preguntó “¿Y con qué curación te convencerías de la existencia de los milagros?” El respondió que la curación imprevista de una enfermedad orgánica, como una pierna cortada que vuelve a crecer, un cáncer que desaparece, una deformidad congénita que de pronto ya no está, etc. “Entonces sí que creería, si se me concediese ver un fenómeno de tal magnitud, sacrificaría todas mis teorías, pero no tengo miedo de llegar a ese punto... Hay una chica, Marie Ferrand, que he tenido que atender muchas veces durante el viaje y cuya vida pelagra, tiene una peritonitis tuberculosa y su estado es crítico, temo que se me muera entre los brazos. Si ella se curase, sería un verdadero milagro, yo creería todo y me haría sacerdote”. Ahí quedó la conversación.

Estaba la enferma en el hospital esperando poderla meter en las piscinas. El doctor Carrel se acercó a su camilla y dijo a los médicos presentes: “Es una peritonitis tuberculosa en el último estadio. Ella es hija de padres



muertos de tuberculosis cuando eran jóvenes y es tuberculosa desde los 15 años. Puede vivir todavía algún día, pero se acerca su fin”.

No fue posible meterla en las piscinas, solamente le lavaron el vientre con el agua de allí y la llevaron ante la gruta, con un aspecto que ya era cadavérico. Eran las 14'30 h.. De pronto a Carrel le pareció que el rostro estaba más normal, menos lívido. La examinó y la respiración se estaba regularizando, parecía que mejoraba. Pero lo importante vino entonces: Alexis Carrel vio como la sábana que la cubría se deshinchaba por el vientre. En media hora toda la hinchazón de la paciente había desaparecido y Carrel no podía dar crédito a sus ojos. Se acercó a ella, y le preguntó “¿Cómo se siente?”, a lo que ella contestó: “Muy bien, tengo pocas fuerzas, pero creo que estoy curada”. Carrel se levantó, cruzó las filas de los peregrinos que rezaban y se fue. Eran casi las 16 h.. Había ocurrido lo inesperado, el milagro.

Marie Ferrand, curada, fue llevada al hospital. Carrel la visitó varias veces esa tarde con otros médicos y constató que la curación era completa. Llegó la noche y nuestro protagonista se acercó a la Basílica, donde vio a su amigo quien le dijo: “¿Te convences ahora, filósofo incrédulo? Ahora te tendrás que meter a cura”. Carrel se quedó solo en la Basílica y pronunció aquella oración que se ha hecho famosa: “Dulce Virgen que socorres a los infelices, protégeme. Creo en ti (...) Tu nombre es más dulce que el sol de la mañana. Toma a este pecador inquieto de corazón atormentado que se consume en la búsqueda de quimeras”.

El médico positivista, convertido en creyente, no se hizo sacerdote, sino que siguió dedicando toda su vida a la ciencia. Con motivo de que los médicos franceses le hicieron el vacío a raíz de su constatación de la observación del milagro, se trasladó primero a Canadá donde tenía la intención de hacerse granjero, pero por suerte pudo trabajar como médico en un hospital; más tarde marchó a Estados Unidos y colaboró con la Universidad de Chicago y el Rockefeller Institute, como director del Departamento de Investigación. Recibió el Premio Nobel de medicina en 1912 por el descubrimiento de un específico procedimiento de sutura que permitió el transplante de vasos sanguíneos y órganos.

El 5 de noviembre de 1944 cercano a la muerte, según afirmó el sacerdote que lo atendió en los últimos momentos, se confesó, comulgó, recibió la unción de los enfermos y dijo: “quiero creer y creo todo lo que la Iglesia católica quiere que creamos y para ello no experimento dificultad alguna, porque no hallo nada que esté en oposición real con los datos ciertos de la ciencia”. *Texto tomado de Catholic.net*

^[1] El positivismo es una corriente o escuela filosófica que afirma que el único conocimiento auténtico es el conocimiento científico.